

CAPÍTULO XVI
GUERRAS DE ITALIA

Partición de Nápoles

DE 1498 Á 1502

Designios de Luis XII de Francia sobre Milan y Nápoles.—Confederase con el papa y con la república de Venecia.—Se apodera del Milanésado.—Crítica situación de don Fadrique de Nápoles.—Pide auxilio al Gran Turco.—Conducta de don Fernando el Católico.—Propone al rey de Francia partir entre sí el reino de Nápoles.—Armada española en Sicilia.—El Gran Capitan recobra á Cefalonia de los turcos.—Tratado de partición de Nápoles entre Francia y España.—Apruébale el papa y les da la investidura.—Desmanes de los franceses en Italia.—Rivalizan en generosidad Gonzalo de Córdoba y don Fadrique de Nápoles.—Desgraciada suerte de este príncipe.—Gonzalo de Córdoba sitia á Tarento.—Trabajos de la tropa en el cerco.—Insurrección militar.—Peligro y serenidad de Gonzalo.—Sosiega el motin.—Rendición de Tarento.—Comportamiento del Gran Capitan con el duque de Calabria.—Falta á la capitulación.—El duque es traído prisionero á España.

El lector recordará que en el primer movimiento de insurrección de los moros de las Alpujarras el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba fué de los que acudieron presurosos á sofocarla, y el primero que asaltó y rindió la villa y castillo de Guejar. Desde entonces, aunque se reprodujeron las sublevaciones en las ásperas montañas del reino granadino, el Gran Capitan no volvió á aparecer en el campo de los insurrectos, ni nosotros le mencionamos ya mas en aquel capítulo, sino para decir que era hermano suyo el esforzado y brioso don Alonso de Aguilar, que murió haciendo prodigios de personal valor en las fragosidades de aquellas sierras. El Gran Capitan no pudo socorrer ni vengar á su hermano, porque no se hallaba en España. El rey don Fernando le había destinado á otro campo mas digno de sus altas prendas militares, el teatro de sus mas gloriosos triunfos, á Italia, cuyo estado reclamaba otra vez la presencia del vencedor de Aubigny y de Carlos VIII de Francia. Grandes sucesos acontecian allí, y muy importantes para la monarquía española.

Muerto el rey Carlos VIII de Francia, su sucesor Luis XII comenzó á manifestar desde que subió al trono, contra lo que se esperaba de su mayor edad y experiencia, los mismos ambiciosos proyectos que tan caros habían costado á su temerario antecesor, sobre los Estados de Milan y de Nápoles. Alentábanle en sus designios de usurpacion muchos caballeros franceses ansiosos de medrar en la guerra, y en la misma Italia encontró tambien muy pronto príncipes ó maliciosos ó débiles que se prestaran á servirle de instrumento en sus planes. El papa Alejandro VI se hallaba altamente resentido del rey don Fadrique de Nápoles por haberse este negado obstinadamente á dar su hija en matrimonio al hijo del papa, el cardenal César Borgia, que, como dijimos, estaba resuelto, con anuencia de su padre, á dar el escándalo de trocar el capelo por el tálamo nupcial. Con esto le fué fácil al monarca francés atraer al pontífice á una liga contra el de Nápoles, halagándole con dar á su hijo César la mano de una princesa napolitana, húngara, navarra ó francesa, y además el ducado de Valentinois. Conveníale tambien al francés tener propicio al papa á fin de obtener de la Santa Sede su divorcio de la reina Juana que andaba solicitando. Tales fueron y tan bastardos los móviles que impulsaron al papa Alejandro VI y al rey Luis XII de Francia á confederarse contra el inocente don Fadrique de Nápoles (3).

La república de Venecia aceptó tambien la alianza que le propuso el francés contra el duque Sforza de Milan, y accedió á juntar sus armas para derrocarlo, con la mezquina

(3) El hijo de Alejandro, el cardenal César Borgia, obispo que había sido de Pamplona y arzobispo de Valencia en España, aquel de quien decía el embajador español Garcilaso que «aun para lego era demasiado deshonesto» despues de haber escandalizado con su conducta la cristianidad, renunció en efecto las órdenes sagradas, la púrpura cardenalicia, y las iglesias y beneficios que poseía, y se volvió al estado seglar, y se fué á Francia para ser duque y casado, y causar mil turbaciones en los Estados cristianos, y hacerse un hombre monstruoso y abominable.

hacia Sur-Oeste descubrió la Tierra Nueva (*Newfoundland*), visitó la costa occidental de la América del Norte, y variando de rumbo dió la vuelta al cabo de la Florida, desde cuyo punto por falta de provisiones tuvo que regresar á Bristol. Este es el hombre que los ingleses, en sus aspiraciones á ser los primeros del mundo en todos los ramos de la marina, han pretendido presentar como rival de Colon, diciendo con énfasis: «Cabot fué para Inglaterra lo que Colon para España: este descubrió á los españoles las Islas, aquel descubrió á los ingleses el continente de América.» Esfuerzos de rivalidad, que no han podido arrancar á Cristóbal Colon la gloria de haber sido el primer descubridor del Nuevo Mundo.

Ya hemos indicado el viaje del portugués Vasco de Gama en 1498, y cómo dobló el cabo de Buena Esperanza y abrió por mar un tránsito á las Indias. Otro portugués, Pedro Alvarez Cabral, enviado por el rey don Manuel en 1500 con trece buques á las Indias orientales, se vió arrojado por una tempestad á unas costas hasta entonces desconocidas, de que tomó posesion en nombre de su soberano. Esta tierra era el Brasil. Volviendo despues á tomar su primitiva ruta, llegó á las grandes Indias, término de su viaje, y fué el primero que entabló con los indígenas las relaciones comerciales que tan útiles fueron despues á Portugal; en 1501 regresó á Lisboa con un rico cargamento de producciones de aquellos países.

Pero entre todos merece especial mencion el que tuvo la inesperada fortuna de dar para siempre su nombre á un mundo que él no había descubierto, privando á Cristóbal Colon, y aun pudiéramos decir usurpándole ó robándole una gloria á que él solo tenía derecho. Ya se entenderá que hablamos de Américo Vespucci, ó Vespuccio. Este mercader florentino, que hizo su primer viaje como aventurero con el español Alonso de Ojeda en 1499, era ciertamente un buen geógrafo y un buen marino, y como tal tomó tal ascendiente sobre sus compañeros, que el mismo Ojeda concluyó por someterse á sus órdenes. Á su regreso á Europa, á petición de uno de los príncipes de la familia de los Médicis, escribió una relacion de sus aventuras, y de supuestos viajes y descubrimientos, muy propia por cierta elegancia de estilo y por lo maravilloso del relato para excitar las imaginaciones exaltadas, y aun para sorprender la buena fe de algunos cosmógrafos en aquella época de grandes errores geográficos. Esta relacion fué impresa y reimpressa con títulos pomposos en Alemania, en Italia y en Francia, con lo cual iba creciendo prodigiosamente la fama del navegante florentino. A poco tiempo un autor alemán publicó un libro sobre las navegaciones de *Américo Vespuccio*, en el cual por primera vez se proponía dar al Nuevo Mundo el nombre de *América* (1). El nombre hizo fortuna, la moda le adoptó, y el tiempo le fué sancionando. En vano los españoles Las Casas, Herrera y otros célebres historiadores de Indias reclamaron contra la usurpacion y contra el impostor; era ya tarde para remediar el mal y castigar la impostura; la costumbre y la rutina habían triunfado. Sensible es; pero si al Nuevo Mundo le quedó para siempre el mentido nombre de América, el Mundo Nuevo y el Mundo Antiguo reconocerán perpetuamente en Cristóbal Colon el mérito indisputable de haberle imaginado ó de haberle descubierto (2).

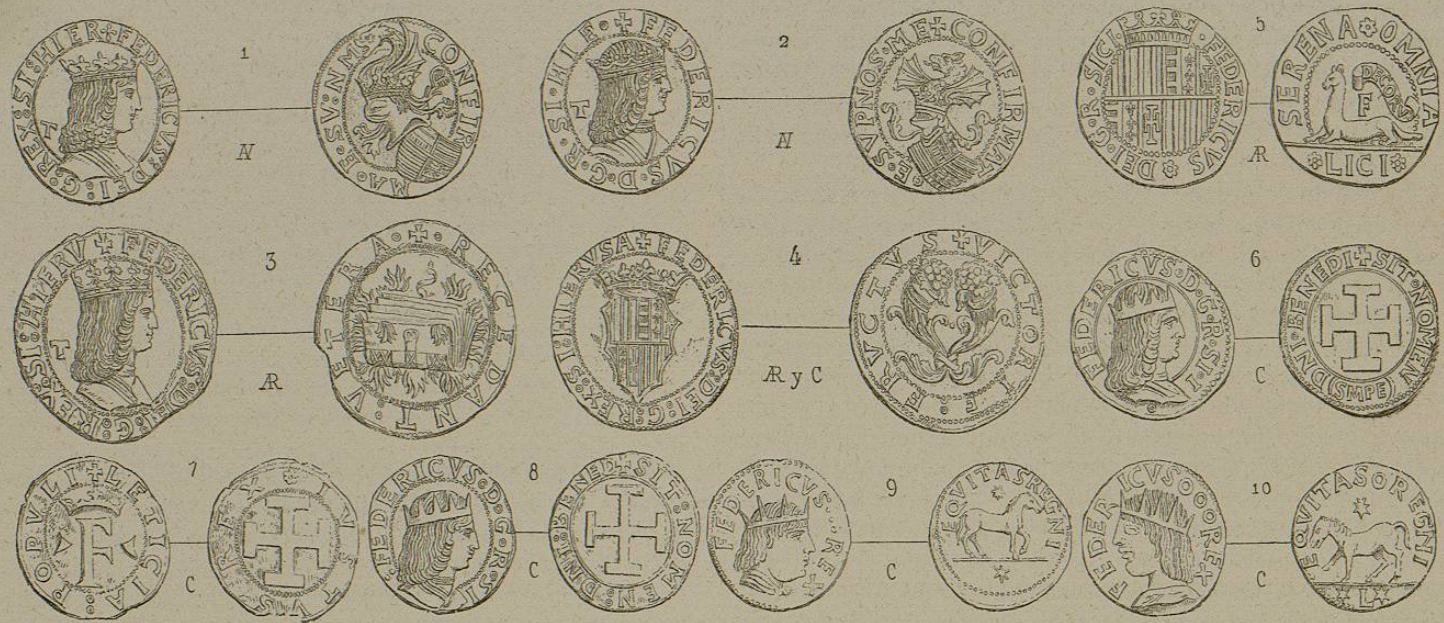
(1) La obra se publicó en 1507 (despues de la muerte de Colon), con el título de: *Cosmographie introductio insuper quatuor Americi navigationes*.

(2) Para que se vea en cuán diferente predicamento se tenía en España á Vespuccio y á Colon, baste decir que despues de diez y seis años de descubierto el Nuevo Mundo por el *Almirante Colon*, se nombraba solamente á Américo Vespuccio *piloto mayor*.—Real título expedido por el rey don Fernando en Valladolid á 16 de agosto de 1508. Archivo de Simancas; y Navarrete, Coleccion, tomo III, pág. 299.

Washington Irving en el apéndice 9 á la Vida de Colon ha tratado este punto con mucha lucidez é imparcialidad; pero todas las dudas desaparecen á presencia de los documentos y cartas originales insertos en el citado tomo de la Coleccion de Viajes de don Martin Fernandez de Navarrete.

mira y por el vil interés de participar del despojo y quedarse con la presa de algunas ciudades y territorios del Milanésado. La de Florencia y otros Estados inferiores consintieron, ó por miedo ó por debilidad, ó en ayudar á los confederados, ó en mantenerse neutrales. Á tal degradacion habian venido los

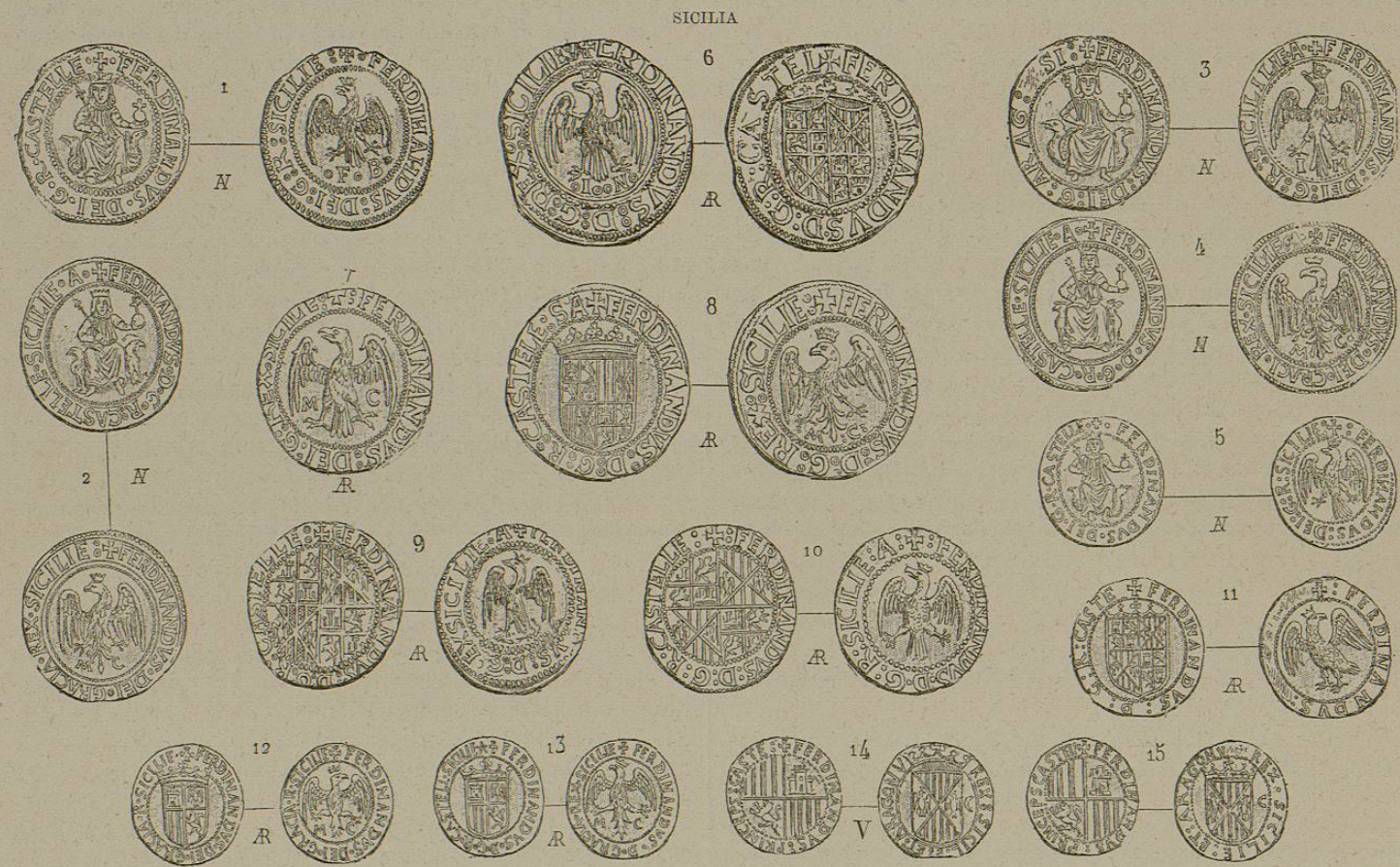
principes y las potencias de Italia, que por reyertas miserables no vacilaban en abrisu país á un usurpador y una inundacion extranjera (1498). Fuerte con estos apoyos el nuevo monarca francés, en paz con España y hecha tregua con el emperador y rey de romanos, dió principio á la ejecucion



FADRIQUE III, REY DE NÁPOLES

de sus proyectos, invadió con fuerza de gente las bellas campiñas de Italia, inundó la Lombardia, sometió en poco mas de quince dias todo el ducado de Milan, y derrocó al duque

Sforza, que fué destinado á pasar el resto de sus dias en Francia en miserable cautiverio (1499). Aquel desgraciado, que pocos años antes habia llamado á un rey de Francia contra



FERNANDO EL CATÓLICO

otros principes de Italia, fué á su vez destronado por otro monarca francés ayudado de principes italianos. El invocador de Carlos VIII se vió cautivo de Luis XII. ¡Leccion insigne, aunque no nueva, para los principes imprudentes ó mal intencionados, que tales auxilios invocan y con tales fines! Rara vez dejan ellos mismos de ser víctimas de sus malas artes.

Dueño Luis XII del Milanés, quedaba amenazando á Nápoles, sin que don Fadrique tuviese un solo principe italiano á quien volver los ojos. Motivos tenia tambien para no confiar ya,

como en otra ocasion, en su deudo y natural aliado el Rey Católico de España; y sus mismos súbditos, acostumbrados á mudar de reyes, no se mostraban muy dispuestos á sacrificarse por sostener ninguno. En tal situacion, tentó conjurar la tormenta ofreciendo al mismo rey de Francia pagarle un tributo y poner en sus manos algunas de las principales fortalezas del reino. El francés oyó con desdeñosa frialdad estas proposiciones, antes bien envalentonado con aquel acto de flaqueza, determinó poner luego en obra su empresa sin mas dilatarla. En este conflicto el débil don Fadrique apeló al

último recurso á que podia apelar un príncipe cristiano, á pedir auxilio al sultan de Constantinopla Bayaceto, terror de la cristiandad, cuyas tropas tenian ya invadidas algunas comarcas y posesiones de la república de Venecia. Semejante desesperada determinacion fué un motivo mas de que se valieron sus enemigos, ó un plausible pretexto para consumir su ruina.

El rey Fernando de España, no sabemos si por política ó con sinceridad, no habia dejado de dirigir representaciones y protestas al francés contra el intento de despojar á su pariente el de Nápoles. Decimos esto, porque nunca Fernando habia perdido de vista sus derechos al trono de aquel reino, y nunca se habia conformado con que le ocupara un príncipe de la linea bastarda de la casa de Aragon. Ello es que viendo á Luis XII empeñado en su empresa apoyado por los principes de Italia, conociendo los inconvenientes de oponerse él solo al monarca francés y á sus aliados, y no pudiendo por otra parte permitir que se apoderara de Nápoles y pusiera en peligro su reino de Sicilia, ocurrióle un medio, si no fundado en justicia y en buena moral, sugerido al menos por la política y la conveniencia, á saber: proponer al rey de Francia, que pues ambos se creian con derecho al trono de Nápoles, se partiese aquel reino entre los dos por partes iguales buenamente y sin guerras. Ya en tiempo de Carlos VIII habia tenido el Rey Católico un pensamiento ó proyecto semejante á este: consideraciones y circunstancias le aconsejaron entonces no proponerle abiertamente. Para cohonestarle ahora, alegaba que don Fadrique, descendiente de la linea bastarda de Aragon, ocupaba indebidamente aquel trono, en perjuicio y contra los derechos de la legitima descendencia de Alfonso V: que no merecia ser protegido un rey que habia llamado al turco en su socorro y se valia de auxilio de infieles: que si bien su derecho á la corona de Nápoles era mejor y mas legal que el de los reyes de Francia, debia ahorrar á sus súbditos los sacrificios y los males de una guerra con un monarca tan poderoso como el francés, y que así era mas conveniente arreglar este asunto por medio de negociaciones con el rey Luis, con lo cual aseguraba sus posesiones de Sicilia y adquiria siquiera la mitad del reino de Nápoles (1). Consiguiente á este plan, envió sus embajadores al rey de Francia para que le propusiesen como cosa que salia de ellos, y le sondeasen sobre este punto, con las competentes instrucciones de cómo le habian de dar un colorido aceptable.

Sin perjuicio de negociar este trato, habia ya mandado el Rey Católico aparejar una gruesa armada en Málaga, ya para poner el reino de Sicilia á cubierto de cualquier hostilidad por parte del francés, ya para mostrar que estaba pronto á auxiliar la república de Venecia contra los turcos, que era el objeto ostensible que le daba; de modo que los venecianos enviaron sus embajadores á España á dar las gracias al rey Fernando, y á pedirle que la armada española se juntase con la suya en Levante. Armáronse, pues, hasta sesenta navas entre grandes y pequeñas, con cuatro mil peones y seiscientos jinetes de desembarco, gente escogida, sacada la mayor parte de las provincias del Norte. Dióse el mando de la escuadra al capitán Gonzalo de Córdoba, con instrucciones de lo que habia de hacer luego que llegase á Sicilia, bien contra el francés, bien contra el turco, segun las circunstancias y los sucesos (1500). La flor de la juventud española se apresuró á alistarse bajo las banderas de aquel ilustre y afamado caudillo. Con él fueron, entre otros, Gonzalo Pizarro, acreditado por su valor, pero mas célebre por ser padre del que despues fué conquistador del Perú; Diego de Mendoza, hijo del Gran Cardenal de España; Zamudio, que fué allá terror de italianos y alemanes; Diego García de Paredes, que habia de ser tan celebrado en crónicas y romances por sus heréteas ferzas y sus extraordinarias hazañas; y Pedro Navarro, tan famoso

despues en África y en Europa. Provista y pertrechada de todo la armada, dióse con ella á la vela el Gran Capitan (mayo de 1500) la via de Sicilia.

Llegado que hubo á Mesina, salió inmediatamente á unirsele la escuadra veneciana mandada por Benito Pésaro, con objeto de contener á los turcos, que se hallaban delante de Nauplia, ó sea Nápoles de Romania. Á la aproximacion de los aliados se retiró la armada turca á Constantinopla. Gonzalo y los venecianos se dirigieron á atacar el fuerte de San Jorge de Cefalonia, ciudad poco tiempo hacia arrancada por los turcos á la república de Venecia. Setecientos turcos aguerridos y feroces defendian aquella fortaleza situada sobre una roca de áspera y difícil subida. Españoles y venecianos sufrieron cerca de dos meses todo género de penalidades en aquel sitio sin poder rendirla. Tenian los turcos entre sus armas ofensivas una máquina guarnecida de garfios, que llamaban lobos, con los cuales asian á los soldados por la armadura, y levantándolos en alto, los estrellaban dejándolos caer de repente, ó los atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Diego García de Paredes, uno de los que de esta manera fueron llevados al muro, se defendió con tan heroico esfuerzo, que aquellos bárbaros le respetaron y guardaron prisionero, esperando obtener por su rescate mejores condiciones en el caso de rendirse. Los venecianos hacian jugar con acierto su buena artillería, y el capitán español hizo volar varios trozos de muralla por medio de las minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y que le dieron una terrible celebridad en Italia. Los turcos reparaban pronto los boquetes, y resistian los ataques con bárbaro y desesperado valor. Pero á los cincuenta dias Gonzalo y Pésaro acordaron dar un asalto general: tronaron los cañones, reventaron con horrible estampido las minas, los soldados escalaban los muros y rompian por las brechas atronando con voces y gritos, y penetrando en la plaza y combatiendo á muerte, solo dejaron ochenta turcos vivos: los demás habian perecido peleando con su valeroso jefe Gisdar. Las victoriosas banderas de Santiago y San Marcos tremolaban juntas en las almenas de San Jorge (2).

Recobrada Cefalonia, y dejada en poder del caudillo veneciano, el capitán español se volvió á Sicilia en principios de 1501. La fama de Gonzalo, vencedor de Bayaceto, voló por Italia y por Turquía, y Fernando, con su pronto y oportuno socorro contra el turco, ganó en Europa gran reputacion de protector de la cristiandad. La república de Venecia, agradecida á Gonzalo de Córdoba, inscribió su nombre en el libro de oro de los nobles venecianos, y le envió á Siracusa un presente de piezas de plata labrada, de martas y telas de seda y brocados, y de magníficos caballos de Turquía. El caballero español aceptó solamente los honores, y lo demás lo envió á su rey, «para que sus competidores, decia, aunque fuesen mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentiles-hombres que él.»

Á este tiempo ya las negociaciones entre los soberanos de España y Francia para el repartimiento y conquista del reino de Nápoles habian dado un resultado el mas funesto para el desgraciado don Fadrique. Los dos monarcas se habian ofrecido y jurado perpetua confederacion y amistad, dando de mano á todas las demandas y pretensiones que entre sí traian, de tal suerte que no se pudiese mover ninguna en adelante. So pretexto de que el rey don Fadrique habia puesto en peligro toda la cristiandad llamando á los turcos, le declararon depuesto del trono; y á fin de evitar las calamidades de una guerra, y supuesto que nadie mas que ellos dos tenia derecho á aquel reino, acordaron repartirle entre sí en iguales porciones. La parte septentrional, que comprende la Tierra de Labor y el Abruzzo, se adjudicó al rey de Francia con el título de rey de Nápoles y de Jerusalem: aplicáronse al de España la Calabria y la Pulla, donde él conservaba algunas fortalezas, con título de duque. Los rendimientos de aduanas se recaudarian por comisarios ú oficiales del Rey Católico, y se repartirian con igualdad entre Francia y España. Si al tiempo de apoderarse del reino, alguna de las partes tomase lugares

(1) Hablan de los sucesos que hasta aquí llevamos referidos, Mártir de Angleria, Opus Epist. lib. XIV.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 161.—Zurita, Rey don Hernando, últimos cap. del lib. III y primeros del IV.—Muratori, Annali d'Italia, tom. XIV.—Giannone, Istoria di Napoli, libro XXIX.—Paol. Giovinio, Vita Magni Gonsalvi, lib. I.—Bembo, Istoria Veniziana, tom. III.

(2) Crón. del Gran Capitan, c. 10.—Zurita, Rey don Hernando, l. IV, cap. 25.—Giovinio, Vita Magni Gonsalvi.

ó villas pertenecientes á la otra, se las restituirían mutuamente sin dilacion. Estos artículos se habían de presentar al papa para su aprobacion, conviniendo en no desistir de ello hasta que á uno y á otro les diese la correspondiente investidura (1). El tratado se ratificó por el Rey Católico en Granada (11 de noviembre, 1500).

Tal fué el famoso tratado de particion del reino de Nápoles, hecho por propia autoridad entre dos monarcas, contra otro que estaba en tranquila posesion de aquel trono, que en nada les habia ofendido, y á quien el rey de Aragon habia colocado en él con sus armas. Cuatro principes de la misma dinastía habían llevado ya aquella corona; pero Fernando, remontándose á su origen, negaba el derecho de Alfonso V á disponer en favor de un hijo natural, y con perjuicio de los legítimos herederos, de un reino ganado con las armas aragonesas. Nunca, decia, habia renunciado á esta reclamacion, y solo la habia diferido por las circunstancias. La opinion pública, así en Aragon como en toda España, se le mostró favorable. Sin embargo, suponiendo la legitimidad del derecho, no alcanzamos cómo pueda justificarse, si no acudimos á la política usada en aquel tiempo, ni la particion entre dos potencias que no tenían iguales títulos, ni la proteccion dispensada antes á don Fadrique y el empeño de reponerle en el trono con el propósito de derrocarlo despues, sin que para ello diese nueva causa (2).

En virtud del convenio, el monarca francés puso en movimiento un ejército de diez mil infantes y mil lanzas en direccion de Nápoles al mando del veterano Aubigny, el que anteriormente habia hecho la guerra de Calabria contra el Gran Capitan, mientras de Génova salia en la propia direccion una armada de seis mil quinientos hombres á las órdenes de Felipe de Ravenstein. Como el tratado de particion estaba todavia secreto, todos fijaron su vista en el rey don Fernando de España y en Gonzalo de Córdoba, suponiendo que no tardarian en declararse, como la vez primera, los protectores de don Fadrique para resistir ó rechazar la invasion francesa. Don Fadrique era el único en Italia que sabia, por cartas que habia recibido de sus embajadores, que no tenia que esperar nada del monarca español, pero ignoraba todavia lo del tratado. Fernando lo habia comunicado secretamente al Gran Capitan. Los franceses atravesaron la frontera de Nápoles (julio, 1501), y siguieron avanzando sin resistencia hasta Capua. Costosísima fué á esta ciudad la que quiso oponer al invasor. Á los ocho dias de ataques, y cuando el gobernador Fabricio Colona estaba conferenciando sobre la rendicion, entraron los franceses saqueando y degollando con bárbara impiedad: las mujeres, sin distincion de estados, aun las vírgenes consagradas á Dios, fueron miserable triunfo á la licencia y al desenfreno de los vencedores: muchas vendieron despues en Roma á bajísimos precios, y otras por no sucumbir á tan vergonzosos ultrajes, se arrojaron á los pozos ó al río (3). La horrible suerte de Capua aterró á las demás ciudades; entregóse Gaeta y los franceses prosiguieron, detestados, pero triunfantes.

Mientras por su parte el Gran Capitan preparaba su invasion por la Calabria y la Pulla, el papa Alejandro VI, informado por el monarca francés del tratado de particion, no

(1) Dumont, en el Cuerpo diplomático, tom. III, inserta íntegro el tratado.—Zurita, Rey don Fernando, lib. IV, c. 22.

(2) Salazar de Mendoza, Zurita, y otros historiadores castellanos y aragoneses, así antiguos como modernos, acumulan con afanosa prolijidad cuantas razones han podido discurrir para probar el derecho de la casa de Aragon á la corona de Nápoles. Nosotros, sin negar el derecho, y tal vez por lo mismo que el rey don Fernando podia alegarle y defenderle, no podemos, á fuer de severos é imparciales historiadores, aplaudir ni el tratado de particion, ni la contradiccion entre su conducta anterior y posterior con el rey don Fadrique.

(3) Añaden los historiadores italianos, que habiéndose refugiado muchas en una torre, el duque de Valentinois, antes cardenal César Borgia, hijo del papa, que seguía el ejército francés como lugarteniente del rey quiso ver aquellas desgraciadas, y retuvo para sí cuarenta de las mas hermosas.—Guicciardini, lib. V, p. 201, edic. de Madrid 1683.—Sunmonte, *Istor. di Napoli*, tom. III, lib. 6.—Giannone, *Ist. di Napoli*, lib. 29.—Zurita no habla mas que del saqueo de Capua, y de la prision de Fabricio Colona y de Hugo de Cardona.

solamente aprobó aquella concordia, sino que accedió gustoso á otorgar á los soberanos de Francia y España la respectiva investidura de la parte del reino de Nápoles que cada cual se habia adjudicado, declarando á don Fadrique indigno de la posesion de aquel reino por el favor que habia pedido á los infieles: y para dar mas á entender que el celo por la cristiandad era el que le impulsaba á fulminar aquella destitucion, quiso formar parte de la liga española y veneciana contra los turcos. Sin embargo, nadie olvidaba la causa y principio de su desabrimiento con el rey don Fadrique, que fué la obstinada negativa de este á dar su hija al cardenal César Borgia.

Gonzalo de Córdoba se veia en una situacion delicada y comprometida. Como súbdito español, tenia que obedecer á su rey, que le mandaba apoderarse de los Estados de don Fadrique, de aquel don Fadrique á quien debia grandes estados y mercedes, juntamente con el título de duque de Santángelo, como recompensa de sus servicios anteriores. Como caballero de honor, no podia Gonzalo conservar tales títulos y mercedes recibidas de un rey á quien iba á despojar de la mitad de sus Estados. Obrando, pues, como caballero, renunció los estados y le devolvió el título, pidiéndole le relevara de las obligaciones de fidelidad. Pero don Fadrique, aunque desgraciado, excedió al Gran Capitan en lo generoso. Accediendo solo á dispensarle de aquellas obligaciones, le respondió que él sabia apreciar las virtudes, aun en sus enemigos, y que no solo no revocaba las honras que por sus anteriores servicios le habia hecho, sino que las acrecentaría si pudiese. Admirable rasgo de magnanimidad en un príncipe maltratado y caído (4). Con esto pasó Gonzalo el Faro, desembarcó con su pequeño ejército en Tropea, y en menos de un mes sometió las dos Calabrias, donde tantos recuerdos habian quedado de sus anteriores triunfos, á excepcion de la plaza de Tarento.

El desventurado don Fadrique, viéndose perdido y desamparado de todos, envió á decir al embajador español Francisco de Rojas que renunciaria al favor de los turcos y dejaria el reino, siempre que se le diese en España con qué sustentar su esposa, sus hijos y hermanos; pero el Rey Católico no queria sino que se le diese igual estado en Francia y en España, para que pudiese vivir mitad en un reino y mitad en otro. Por último, habiendo tenido que abandonar la capital á los franceses, y vivir algunos meses refugiado con su familia en la isla de Ischia, aconsejado por el almirante Ravenstein, se entregó finalmente á la generosidad de Luis XII, el cual le señaló en Francia el ducado de Anjou con rentas considerables para su mantenimiento, que le pagó siempre religiosamente, si bien ejerciendo sobre él la mayor vigilancia. En aquella especie de dorado cautiverio continuó don Fadrique hasta su muerte (5), y así acabó el último soberano de la rama bastarda de la casa de Aragon que ocupó el trono de Nápoles.

Faltaba al Gran Capitan someter la plaza de Tarento, la mas fuerte de Calabria, fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo de su nombre, y sin mas comunicacion con tierra que dos puentes defendidos por dos fuertísimos castillos. Á esta plaza habia enviado don Fadrique su hijo primogénito el duque de Calabria, joven de catorce años. Defendiala el conde de Potenza con buena guarnicion. Fiado Gonzalo en la posicion de la plaza, creyó que mejor que por ataque la rendiria por bloqueo, y levantando trincheras y reductos por tierra dispuso que las galeras de Juan Lezeano le cortaran toda comunicacion por mar. Toda Italia se hallaba en ansiosa expectacion del éxito de esta empresa. Prolongábase el asedio, y el ejército español padecía grandes trabajos por la falta de dinero y de mantenimientos, que comunmente el rey Fernando los escaseaba en demasia. Los soldados se quejaban y murmuraban, mas la murmuracion se convirtió en abierto tumulto cuando vieron la abundancia de provisiones y equipajes con que Gonzalo socorrió al almirante francés y á varios de sus oficiales que una tempestad arrojó á la costa de Calabria. «Mejor fuera, decian, que pagara lo que debe á los suyos

(4) Giovio, *Vite Illustr. Viror.*—Cron. del Gran Capitan, c. 21.—Zurita, Rey don Fernando, lib. IV, c. 53.—Quintana, el Gran Capitan, 248.

(5) Murió en 1504.

CAPÍTULO XVII GUERRAS DE ITALIA

Gonzalo de Córdoba en Nápoles

DE 1502 Á 1503

Defectos del tratado de particion.—Pretensiones de los franceses.—Rompiamiento entre franceses y españoles.—Generales franceses: el duque de Nemours; Aubigny; Luis de Ars; Ivo de Alegre; Chabannes: el caballero Bayard.—El Gran Capitan se retira á Barletta.—Célebres combates caballerescos.—Triunfos de los caballeros españoles.—Prudente conducta de Gonzalo en Barletta.—Grande ejemplo de la constancia, sufrimiento y perseverancia española.—Conquista de Ruvo, y prision de Chabannes, señor de la Paliza.—Tratado de paz entre Francia y España celebrado entre Luis XII y el archiduque Felipe de Austria.—No le reconocen ni el Rey Católico ni el Gran Capitan, y prosigue la guerra.—Famosa batalla y glorioso triunfo de Gonzalo en *Cerriola*.—Muere el duque de Nemours.—Derrota de Aubigny en Seminara.—Entrada triunfal de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Sométese aquel reino al dominio de España.—Indignacion de Luis XII y del pueblo francés.—Levántanse en Francia tres grandes ejércitos y dos grandes armadas.—Vienen dos de ellos á España.—Actividad de Fernando é Isabel.—Sitio de Salsas.—Ignominiosa retirada de los franceses.—Persiguelos el rey don Fernando personalmente hasta Narbona.—Pide tregua el francés.—Ajústase la tregua entre Francia y España.

Menester era no conocer absolutamente el corazon humano para esperar que el famoso tratado de particion del reino de Nápoles entre Francia y España fuese una prenda de paz y amistad entre los dos monarcas y las dos naciones, y no un germen funesto y un manantial fecundo de envidias y rivalidades, de tentaciones y abusos, de quejas y reclamaciones, de rompimientos, en fin, y de guerras entre los dos pueblos, de que habian de participar los Estados de la desdichada Italia, centro y teatro en que habian de debatirse las discordias.

Faltábale al famoso convenio todos los elementos que pudieran darle prendas de seguridad. Los principios de justicia no habian sido ni el móvil ni la base de la distribucion, y el derecho entre tres contendientes le fallaron dos de las partes interesadas, sacrificando á la tercera sin orla. La buena fe que presidiera á la reparticion por parte de ambos monarcas podia suponerse, dado que los sucesos no la hubieran puesto en evidencia tan pronto. Provincias hermanas eran separadas violentamente y agregadas á pueblos que se regian por distintas leyes y tenían diferentes costumbres. Tropas hasta entonces enemigas se veian en contacto y á la presencia de los tentadores despojos que sus soberanos se habian repartido, y cuyos limites no se cuidaban ellas de deslindar. Y como si no bastasen estos elementos de discordias, habian quedado, ó por descuido ó de propósito, vaga y confusamente designadas en el tratado nada menos que tres provincias, el Principado, la Capitanata y la Basilicata, que era natural intentase cada cual aplicar despues á su dominio, como así aconteció.

Desde luego comenzaron las pretensiones de Luis XII á la Capitanata, que de cierto no estaba comprendida en su particion, so pretexto de que sus provincias valian menos que las del Rey Católico; los soldados franceses por su parte se intrusaban en las plazas de la Pulla, y las ocupaban como si perteneciesen á su soberano. A reprimir estas invasiones volvió Gonzalo de Córdoba su atencion tan pronto como sometió á

Zurita parece quiere disculparle, no por la justicia, sino por la conveniencia; y Mariana se contenta con decir: «No parece se le guardó (al duque de Calabria) lo que tenían asentado. En la guerra ¿quién hay que de todo punto lo guarde?» Hist. lib. XXVII, c. 12.

La aplicacion que mas favorece á Gonzalo, es la que hace Palou Jovio, escritor italiano y contemporáneo. Este dice que «Gonzalo, dudando el partido que debería tomar, consultó á varios juristas, y que estos decidieron que no estaba obligado á su juramento, porque era contrario á su obligacion para con el rey su señor, la cual era superior á todas las demás, y que al rey tampoco le ligaba aquel juramento por haberse hecho sin noticia ni intervencion suya.» *Vite Illustr. Vir. Lib. I.*—Si así fué, no sería muy de aplaudir la moralidad de los letrados, pero en Gonzalo rebañaría mucho el cargo y la responsabilidad de violador de su propio juramento.

que ser tan liberal con los extranjeros.» Estos y otros arranques de desahogo produjeron una formal insurreccion militar. Un soldado se atrevió á dirigir la pica al pecho de su general; Gonzalo la apartó suavemente diciéndole: «Alza esa pica, y mira lo que haces, no me hieras sin querer.» Un capitán vizcaino llamado Iciar, como oyese á Gonzalo asegurar á la tropa que pronto tendria fondos y seria socorrida, tuvo la audacia de decirle: «Que vaya tu hija á ganarlos y pronto los tendrás (1).»

Oyó Gonzalo la insolente increpacion sin inmutarse y sin darse entonces por entendido. Sosegó el motin, y se retiraron los soldados. Á la mañana siguiente amaneció el cadáver del osado vizcaino colgado de la ventana de su alojamiento. El espectáculo aterró á los demás, y aunque seguia el descontento, ninguno se atrevió á desmandarse; lo que hacian los quejosos era desertarse á las banderas de César Borgia, que andaba ofreciendo grandes pagas á los que quisieran seguirle (2).

Cansado el Gran Capitan de la prolongacion del sitio, activó y discurrió nuevos medios de ataque, que sorprendieron y consternaron á los de Tarento. El gobernador de la plaza, participando tambien de la consternacion, pidió á Gonzalo una suspension de hostilidades por dos meses hasta recibir instrucciones del padre del príncipe que se la habia confiado. Durante la tregua se pactó que si los sitiados no recibian ni provisiones ni socorro, se entregaria la plaza al general español, con la condicion de que dejara en libertad al duque de Calabria y á los suyos para ir donde quisiesen. Gonzalo de Córdoba aceptó la cláusula, y para asegurar de una manera solemne su cumplimiento, lo juró sobre la hostia sagrada á vista de todo el campo. El socorro no llegó, y la plaza se entregó á los españoles con arreglo al concierto (1.º de marzo, 1502).

Aunque por los términos de la capitulacion no se podia obligar al joven duque de Calabria á seguir otro partido que el que él libremente eligiese, el Gran Capitan, conociendo la ventaja de tenerle en prenda si se pudiese, procuró persuadirle á que se viniera al servicio del Rey Católico, ofreciéndole un estado con treinta mil ducados de renta. El inexperto príncipe parece que despues de algunas vacilaciones llegó á aceptar la proposicion. Mas el conde de Potenza y otros capitanes y personajes adictos al duque, mirando aquellos ofrecimientos como una especie de soborno y engaño hecho á un joven de corta edad, se quejaron de que el general español faltaba á la fe del juramento y violaba la capitulacion, segun la cual el duque debería ir donde buenamente quisiese, y aconsejábanle que se fuese á Francia á incorporarse con su padre. Gonzalo, á quien costaba trabajo soltar tan buena prenda, y que sentia fuese á poder de franceses, entretuvo mañosamente al príncipe, mientras consultaba al rey Fernando y recibia respuesta de este sobre lo que debería hacer de él. Afirmase que Gonzalo usó de no muy honestos artificios para retener al hijo del desgraciado don Fadrique y arrancarle el consentimiento de venir á España, aun contra la voluntad de su padre. En este tiempo recibió instrucciones de Fernando, mandándole que por ningún título soltase al joven duque, sino que le retuviese y destinase á su servicio. En su virtud el duque de Calabria fué embarcado en un navio de guerra y enviado á España á sufrir el trato y suerte de un prisionero de Estado. Así violó el Gran Capitan la fe del tratado de Tarento, pudiendo considerarse como un lunar con que empañó algun tanto el brillo de su claro nombre, que sorprendió mas, viniendo, como dice un moderno historiador, «de un hombre como Gonzalo, de carácter magnánimo y noble, de una vida privada ejemplar, y exento enteramente de los grandes vicios de su tiempo (3).»

(1) Tenia en efecto Gonzalo una hija llamada Elvira, á quien queria mucho y la llevaba consigo en todas las expediciones.

(2) Crón. del Gran Capitan, c. 84.—Giovio, *Vite*.—Quintana, *Vidas*, tom. I, p. 253.

(3) Quintana califica esta accion de Gonzalo en términos tal vez demasiado fuertes. «Este es un torpe borron, dice, en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España, y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.» *Vida del Gran Capitan*, pág. 251.